

SISTEMA DE GÉNERO: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICO-PSICOLÓGICA DE LOS ROLES DE GÉNERO Y UNA APUESTA DE SALUD E IGUALDAD.

(Por Koldo Gilsanz)



Para llegar al **tema de la igualdad** es necesario un **análisis profundo** que recoja la complejidad del tema, pues quedarnos en un nivel superficial y simplista tiene el riesgo de caer en una homogenización aniquiladora. Hoy está un poco más normalizada una respuesta de rebote y rechazo hacia el sistema de género tradicional, y no son pocas las personas que han desarrollado un hábil sentido para detectar todo rasgo de desigualdad en manifestaciones cotidianas como el lenguaje, los chistes u otras atribuciones sexistas. Todo este desarrollo y esta toma de conciencia es necesaria y beneficiosa.

Sin embargo una reacción automática sin reflexión previa sobre la igualdad puede convertirse en la cama de Procasto. Según la mitología griega, este hermoso posadero se presentaba a escondidas en las habitaciones de sus huéspedes, y cuando estos dormían procedía a "igualarlos" a todos; cortando lo que sobresalía de la cama a los más altos y estirando hasta dar la talla a los más bajitos.

En nuestra sociedad de hoy en día, hablar de igualdad entre mujeres y hombres no tiene sentido si, previamente, no se ha tomado conciencia de la desigualdad de partida. Esta desigualdad, que revisaremos más adelante, es una desigualdad en cuanto a los derechos otorgados y respetados a las personas. Y el derecho básico que hay que respetar por igual a todas las personas es el derecho a ser diferente, pues éste es el pilar central de una sociedad libre y diversa.

¿Quiero decir con ello que debemos promover las diferencias entre ambos sexos? No; ni mucho menos. Primero analicemos desde una perspectiva antropológica el origen de las desigualdades de la sociedad patriarcal actual, y más tarde abordaremos las diferencias entre individuos que resulta imprescindible defender –incluso me atrevo a decir promover– para construir una sociedad más saludable y más igualitaria tanto para hombres como para mujeres.

Decir que estamos en una sociedad patriarcal significa que hemos heredado una cultura que promueve los valores de la masculinidad por encima de los valores de la feminidad, por lo tanto podemos decir que es una cultura machista.

Pero cabe preguntarse: **¿ha sido esto siempre así?** ¿Cómo ha evolucionado el orden social desde que aparecieron los primeros homo sapiens hasta hoy?

Gracias a las investigaciones de los arqueólogos, historiadores y etnógrafos sabemos que en la prehistoria los clanes se organizaban de otra manera. Fue una época bastante larga en la que se dependía de la triple función procreadora, organizadora y productora de la mujer. De hecho,

podemos decir que desde que empezamos a evolucionar como homínidos, hasta la época del Neolítico lo femenino prevaleció.

Este hecho queda patente si miramos a la evolución de las deidades acorde con la evolución del orden social. Las pruebas arqueológicas demuestran, con múltiples estatuillas de mujeres embarazadas que en el Neolítico (7000 a.C) adoraban a la Diosa como dadora de vida¹. En aquel entonces, las culturas, recolectoras sobre todo, vivían en estrecha relación con la naturaleza, conscientes de sus ciclos y adaptándose a los diferentes periodos de mayor o menor abundancia.

El culto a lo femenino no implicaba que hubiera dominación por parte de la mujer, sino que reforzaba el respeto y la igualdad en cuanto a las diferencias de sexo. Como ejemplo de la armonía entre lo femenino y lo masculino en estas culturas, cabe destacar los yacimientos encontrados el pasado siglo en la isla de Creta. Al parecer ésta fue una sociedad muy avanzada, tanto a nivel social como a nivel tecnológico. Por un lado demuestran gran desarrollo artístico (que además no muestra en ninguna de sus manifestaciones imágenes bélicas, de esclavitud o de dominación). Y por otro lado, también desarrollaron otros saberes más instrumentales como la navegación, el comercio, la arquitectura o el urbanismo.

Al parecer, los habitantes de la Europa primitiva eran pueblos pacíficos con gran desarrollo cultural. No existía la dominación por parte de los hombres, ni tampoco de las mujeres sobre los hombres.

Pero entre los milenios VI y III a.C., los pueblos nómadas del norte empezaron a invadir Europa. Con la llegada de la Edad del Bronce el desarrollo de la tecnología permitió la agricultura excedentaria, con lo cual se fue desligando la estrecha relación que previamente habían mantenido con la naturaleza en las sociedades más recolectoras. Este desarrollo tecnológico también permitió la elaboración de armas para la lucha, el saqueo y la dominación.

Así, con la expansión de los abusos y las guerras, las armas pasaron a ser objetos de culto, los guerreros se convirtieron en héroes y el Dios desbancó a la Diosa.

Fue cuestión de tiempo que el mismo desarrollo tecnológico que dio lugar a las armas diera lugar a la pluma y a la escritura. Ésta, quedando restringida a la élite masculina, no hizo sino borrar de "un plumazo" toda la historia anterior y desarrollar una cultura patriarcal con una fuerte estructura, que dio lugar a los grandes imperios y a las grandes batallas por la dominación.

Una de esas batallas fue la de los primeros cristianos perseguidos en el imperio romano. Jesús predicó igualdad, y por eso fue perseguido. Pero cuando la clase dominante a través de Constantino I legitimó el cristianismo en el imperio de Roma (el edicto de Milan en el 313), la iglesia se institucionalizó y dio legitimidad a unos textos (por ejemplo el Antiguo

¹ Rodriguez, P. (1999) *Dios nació mujer*. Ediciones B. Barcelona.

Testamento) y no a otros (como los Evangelios Gnósticos o los Rollo de Qumrán)².

Así es como las ideas de esos textos han permanecido vigentes hasta hace bien poco. Por poner uno de los muchos ejemplos citaré el evangelio según S. Pablo (siglo I d. C.) que de forma explícita manifiesta que la mujer ha sido creada para el hombre:

"El hombre no ha sido sacado de la mujer, sino la mujer del hombre, y el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre"

Además, fue en defensa de estos mismos textos que durante siglos la llamada caza de brujas perpetuó la dominación de lo masculino sobre lo femenino. No sólo mediante el exterminio de toda manifestación de culto a lo femenino o a lo pagano, sino también mediante el aprovechamiento de muchos hombres que, a través de amenazas y de acusaciones a la iglesia, hicieron valer su posición de poder en una cultura machista hasta la perversión.

Toda esta herencia llega aún con mucha fuerza a la cultura de nuestros días. Puede parecer que han pasado muchos años, pero aún hoy en día estas ideas encuentran defensores, aunque no vengán vestidos de inquisidores. Y hace falta que pasen muchos años para que la situación cambie, ya que para que estos cambios tan básicos se den a nivel de cultura es necesario que tres generaciones tomen conciencia del problema y trabajen de manera persistente por trascenderlo. La influencia de los estereotipos de género se expande como una onda magnética, que ni la vemos, ni la oímos, pero está ahí y sigue ejerciendo influencia sobre las personas a distintos niveles.

Pero, ¿cuáles son estos estereotipos de género que hemos heredado?, ¿cómo funcionan?

Los estereotipos de masculinidad y feminidad en nuestra cultura responden a una lógica binaria de opuestos jerarquizados y complementarios. Es decir, lo masculino aparece totalmente contrario a lo femenino, y además jerárquicamente superior. Establecemos en nuestra mente entonces dos categorías mutuamente excluyentes y las colocamos en los polos de un mismo continuo.

La psicología clásica describió estos dos polos: la masculinidad se caracteriza por una orientación instrumental, una forma de conocer focalizada a resolver problemas y más centrada en los intereses individuales. Mientras que la feminidad tiene una orientación más expresiva dirigida a mantener lazos afectivos con los demás, a favorecer la armonía del grupo, y por lo tanto, está más centrada en la paz y los intereses comunitarios.

Estos estereotipos empiezan a ejercer su influencia desde el momento de la gestación en el que conocemos el sexo del bebé. En ese

² Paz, C. (2010) *La bendición de ser mujer*. Ediciones Obelisco. Barcelona.

mismo momento el entorno familiar se prepara para acoger a un niño o una niña, le hablan de manera diferente y fantasean de manera diferente sobre cómo será.

Una vez nacido el niño o la niña hará de estímulo en el entorno, y de éste recibirá por activa y por pasiva un condicionamiento ininterrumpido sobre lo que se espera de él o de ella en cuanto hombre o mujer. Y más tarde, a lo mejor a un nivel más consciente, seguirá escuchando historias y chistes que transmitan, casi subrepticamente y con un lenguaje totalmente sesgado, una programación preconcebida de lo que es ser hombre o ser mujer. Así funcionan los estereotipos.

¿Y cuáles son estos estereotipos?

Pues dentro de la masculinidad (categoría de *instrumentalidad*) podemos encontrar características como iniciativa, control, actividad externa, autoprotección, autoexpansión, autoconfianza, independencia, asertividad, capacidad de análisis, liderazgo, predisposición al riesgo, facilidad en la toma de decisión, autosuficiencia...

Y dentro de la feminidad (categoría de *expresividad*) podemos englobar las siguientes: participación, contacto, apertura, unión, cooperación, alegría, afectuosidad, lealtad, simpatía, empatía, comprensión, compasión, ternura...

¿Son un problema estos estereotipos?

El problema no es el estereotipo en sí, que en cuanto categoría de referencia tiene su valor como legado cultural a trascender. El problema es que los estereotipos son entendidos como normas sociales de obligado cumplimiento. Son rígidos e incuestionables, y por ende, todo aquello que no se ciñe a la norma es considerado anormal o desviado. Ese es el problema.

Por ejemplo, si un chico adolescente reniega de un desafío físico o no hace alarde de su fuerza hasta el punto de ponerse en riesgo, es probable que el coste social de dicho achique sea elevado. Esto dependerá de la capacidad de autoafirmación, la tolerancia a la presión grupal y la conciencia explícita que haya desarrollado sobre lo que son los estereotipos de género.

Sin embargo, ya en los años 70, la psicología clínica empezó a cuestionarse que los individuos que no se ajustasen al estereotipo de género fueran desviados. Hasta entonces "lo sano", "lo normal" era ajustarse al estereotipo del propio sexo. Pero al no haber pruebas psicométricas que otorgaran fiabilidad a ese supuesto, algunas autoras empezaron a cuestionar estas verdades que se daban por sentadas. Entonces se dieron cuenta que masculinidad y feminidad son dos categorías independientes, que no son ni mutuamente excluyentes ni propias de un sexo u otro.

Así es como dieron paso al modelo de androginia³, según el cual las personas más sanas serán aquellas que sean capaces de responder tanto desde conductas típicamente masculinas como típicamente femeninas, ya que serán estas personas las que tengan mayor capacidad de adaptación a las exigencias del entorno y el devenir de la vida.

No obstante, en la masa del pueblo aún no se ha flexibilizado la norma. Este es nuestro primer cometido como agentes educativos (*todos somos agentes educativos en el momento en el que una persona puede observar y modelar nuestro comportamiento*), porque el problema es de todos y todas. La sociedad patriarcal y machista nos influencia con su campo magnético, y en aras de adaptarnos a esta cultura competitiva que se rige por la lógica de vencedores y vencidos, salimos todos a luchar haciendo gala de nuestras mejores armas y cegados por la avidez de poder. El resultado: mujeres y hombres mutilados.

El modelo de androginia, en cambio, nos aporta una guía en la búsqueda de la salud. Rompe con la dictadura hegemónica de los roles de género y nos deja claro que cuantas más características andróginas tengamos, mayor será nuestra capacidad de adaptación.

La masculinidad y la feminidad no son mutuamente excluyentes. De hecho, cada persona construye su propia identidad sexual con características propias de ambas categorías, a lo largo de un proceso en el que el entorno social ejerce su influencia a través de las expectativas (implícitas o explícitas), sus permisos y los modelos que aporta. Este proceso dialéctico entre el entorno y las propias experiencias de la persona en desarrollo configurarán una identidad sexual u otra.

¿Cuántas maneras hay de ser hombre?, ¿Cuántas de ser mujer?

Una vez nos cuestionamos la rigidez de los estereotipos de género y empezamos a contemplar la gran plasticidad del proceso de sexuación no podemos dar otra respuesta a esa pregunta que la de "tantas como hombres" y "tantas como mujeres".

En este momento de toma de conciencia y de creación de nuevos modelos de masculinidad y feminidad los estereotipos de género nos son muy útiles. Es nuestra historia, es de dónde venimos y, si lo queremos trascender, la primera premisa es aceptarlos.

Además resulta innegable que estos estereotipos han cambiado en los últimos 40 años. Si tomamos como referente de esos estereotipos los modelos utilizados en publicidad podremos observar cómo ahora nos muestran, sin ningún pudor, mujeres que trabajan fuera de casa o que compran coches y hombres que se preocupan por su imagen, se depilan y usan cosmética.

Esto es un paso adelante en cuanto a la flexibilización del estereotipo de género. Pero si se convierten en reglas de obligado cumplimiento

³ Androginia del griego "Andros": hombre y "Gyn": mujer.

vuelven a ser rígidas y dar origen a estigmatizaciones. Además en ambos ejemplos el "acercamiento" al otro sexo es a un nivel superficial y tiene una clara intención de crear nuevos patrones de consumo.

Como agentes educativos debemos abrir el foco en busca de la androginia y dirigirlo hacia otros puntos que serán más beneficiosos para la salud y el bienestar de las personas, y no respondan tanto a los intereses económicos del mercado y la sociedad de consumo.

Para abrir el foco debemos permitir que en el contexto educativo tengan lugar diferentes maneras de ser hombre o mujer, que se hable con normalidad de la diversidad y la plasticidad del proceso de sexuación, que se trabaje el concepto de expectativa y la necesidad de tomar la responsabilidad en la construcción de la propia identidad. En este sentido hay que promover las diferencias y las desigualdades entre individuos, y respetarles a todos de igual manera sus derechos.

Por lo tanto, nuestro papel crítico como educadores, dentro de un código deontológico que respete el desarrollo de las personas en sus sistemas familiares, es un papel que se limita al mero abrir puertas. Abrir puertas y estar accesible para las niñas y los niños que quieran husmear o que pidan aclaraciones para sus preguntas. Que sus creencias se flexibilicen y puedan vivir con normalidad otras puertas además de las que la tele nos muestra.

Porque la tele, hoy en día, nos refleja una dualidad mal resuelta. Quizá ya no se repitan los estereotipos tan mutuamente excluyentes como antes. A lo mejor se permite que hombres y mujeres sean iguales en algunas cosas. Pero, ¿en qué cosas? ¿Y a qué precio? Las mujeres como colectivo han dado el paso de salir de casa a trabajar (muchas doblando su jornada laboral, pues la corresponsabilidad aún está muy lejos de ser alcanzada). Y aparecen como mujeres exitosas y socialmente reconocidas aquellas que se ciñen a un modelo de eficacia e instrumentalidad que de nuevo vuelve a perpetuar la prevalencia de lo masculino.

Si tenemos en cuenta que la sociedad machista propone la hegemonía de lo masculino y la supeditación (o aniquilación) de lo femenino, poner el foco en igualarnos todos a los valores dominantes, nos deja a todas y todos mutilados. Mutilados o automutilados. Todas y todos estamos compuestos por una parte femenina y otra masculina. El yin-yang ilustra la complementariedad de los opuestos, e incluso la posibilidad de encontrar mi opuesto dentro de mí.

Como seres humanos tenemos dos piernas para andar, y nos estamos quedando cojos. Por eso, para que el camino hacia la igualdad sea el camino hacia la tolerancia de la diversidad debemos enfocar hacia la pierna que nos estamos amputando (tanto hombres como mujeres). La categoría de comunalidad encierra las claves para que, como especie podamos sentirnos iguales, y a la vez unidos con el todo que es la Vida. Porque cuando en la edad de bronce nos desligamos de la naturaleza y sus ritmos empezamos a construirnos una mentira. Empezamos a entender lo salvaje como el enemigo a batir, o mejor dicho, como la fiera a domesticar.

Hoy, después de siglos de domesticación, podemos ver claramente que de su supervivencia depende la nuestra propia. Y este es un asunto que nos concierne a todos los seres humanos.

En la medida que como agentes educativos potenciemos capacidades introspectivas y expresivas, que en principio están más cerca del ámbito femenino, y lo hagamos tanto en las niñas como en los niños, y si al mismo tiempo les liberamos del peso de los rígidos estereotipos de género, podremos mirar a las nuevas generaciones como las que tendrán capacidad de autoafirmarse en su identidad individual, haciéndose responsables de su bienestar y del bienestar de la comunidad (pues ambos están interrelacionados).

Si trabajamos en esa dirección, si ampliamos el repertorio de los machos cuando entran en conflicto, es decir, mostrando que al conflicto conviene entrar con flexibilidad, estaremos trabajando por la solución.

Para abordar los conflictos hace falta la flexibilidad que da el saber que todos somos diferentes, que somos limitados y por lo tanto nuestra visión de la realidad, nuestra verdad, es limitada. Y que es nuestra responsabilidad (*habilidad de responder*) afrontar los conflictos que inevitablemente van a surgir. Porque la convivencia es compleja, y el equilibrio en la vida siempre es un equilibrio inestable.

Para afrontar todos estos desafíos que nosotros y los siguientes tienen por delante, la lógica del más fuerte se queda corta. La ley del Talión nos ha salido cara, y ya es hora de encontrar una justicia más benevolente con nuestra esencia. Una esencia compuesta de lo masculino y lo femenino, y en cuya unión, y sólo en dicha unión, puede haber un camino de reconciliación conmigo y con mis congéneres.